

Globalización neoliberal y crisis en los espacios ganadores y emergentes

Inmaculada CARAVACA BARROSO

Catedrática jubilada de Geografía Humana
Universidad de Sevilla

RESUMEN: Las profundas transformaciones experimentadas por las estructuras económicas y socio-laborales, que se venían observando desde finales del siglo XX, se han acelerado y profundizado durante la última década al generarse una crisis de excepcional calado que, aunque empezó siendo financiera, ha evolucionado hasta convertirse en sistémica. En estrecha relación con tales procesos, se producían también cambios territoriales asociados, por una parte, a las innovaciones vinculadas a las tecnologías de la información que han permitido el crecimiento exponencial de flujos y la consiguiente densificación del espacio de redes y, por otra, a las graves alteraciones e impactos derivados de la crisis. En este contexto general de referencia resulta interesante fijar la atención en aquellos espacios más dinámicos e innovadores que, al estar más directamente asociados a las lógicas económica y espacial dominantes, han venido siendo considerados ganadores o emergentes. En tal sentido, este artículo trata de retomar la reflexión realizada sobre este tipo de espacios hace ya casi dos décadas, observándolos de nuevo para intentar reconocer los cambios que han experimentado en un periodo especialmente convulso y complejo en el que, a más de haberse consolidado la ideología neoliberal que ha resultado determinante en la conformación de la crisis, se han profundizado sustancialmente las desigualdades sociales y territoriales.

DESCRIPTORES: Globalización neoliberal. Crisis. Espacios ganadores y emergentes.

Neo-liberal globalisation and crisis in winning and emerging spaces

ABSTRACT: The profound transformations experienced by economic, social and labour structures observed since the end of the 20th century have speeded up and become more profound over the last decade when a crisis of exceptional importance was generated. Although this crisis started as a financial one, it has developed until becoming systemic. Closely connected with these processes, associated territorial changes also occurred, on the one hand, to the innovations linked to information technologies that have allowed the

Recibido: 11.10.2016; Revisado: 01.03.2017

Correo electrónico: caravaca@us.es

La autora agradece los comentarios y sugerencias realizados por los evaluadores anónimos, que han contribuido a mejorar y enriquecer el manuscrito original.

¹ Este artículo se integra en el Proyecto de Investigación del Plan Nacional de I+D+i: CSO2015-65452.

exponential growth of flows and the resulting densification of the network area; on the other, to the serious alterations and impacts arising from the crisis. In this general reference context it is interesting to pay attention to those more dynamic and innovative areas which, being more directly associated with the dominant economic and spatial logics, have come to be considered as winning or emerging. In that regard, this article tries to resume the reflection made on these types of areas almost two decades ago by looking at them anew in order to try to recognise the changes they have undergone during a particularly convulsive and complex period. Apart from the consolidation of the neo-liberal ideology which has proven so decisive in the make-up of the crisis, social and territorial inequalities have also deepened during this period.

KEYWORDS: Neo-liberal globalisation. Crisis. Winning and emerging and spaces.

Cualquier tipo de perspectiva teórica crítica tiene como objetivo producir conocimiento y conciencia con el potencial de cambiar el mundo a mejor. El pensamiento crítico se impulsa con el optimismo estratégico y la esperanza, con la meta de darle sentido teórico y práctico-político al mundo para que podamos actuar de forma más apropiada y efectiva... Lo que hemos aprendido de la aplicación de una perspectiva espacial crítica es el potencial para estimular la continua innovación y quizá también adelantos muy importantes e inesperados en la búsqueda de una mayor justicia social y espacial.

(Edward W. SOJA: En busca de la justicia espacial).

1. Introducción

La crisis financiera, iniciada hace ya casi una década, ha ido evolucionado hasta convertirse en sistémica e incluso en civilizatoria al afectar profundamente no sólo a la economía, al mercado laboral, al medio ambiente, a las instituciones y a las políticas, sino también a los valores morales y éticos. MAYOR ZARAGOZA (2011) enfatiza la importancia crucial de este último aspecto, básico para el buen funcionamiento de las sociedades, y alerta acerca del grave problema que representa que se estén sustituyendo los valores éticos y democráticos por otros estrechamente vinculados a los intereses de los mercados, mientras deja de centrarse la atención en dar respuesta a las necesidades y a los problemas relacionados con la calidad de vida de las personas.

De este modo, a las perturbaciones asociadas al advenimiento de la sociedad informacional (CASTELLS, 1995 y 1996), a la globalización económica (VELTZ, 1996; WACKERMAN, 2011), y a la hegemonía alcanzada por la ideología neoliberal (LAVALDARDOT, 2013), es necesario añadir los graves impactos generados por la crisis, que, además de estar poniendo en evidencia las fragilidades del sistema al hacer aflorar sus contradicciones, está provocando nuevas desigualdades (FERNÁNDEZ DURÁN, 2011; SASSEN, 2015).

En estrecha asociación con tales procesos, se han venido generando transformaciones territoriales que están estrechamente relacionadas con el crecimiento exponencial de flujos y la consiguiente densificación del espacio de las redes, pero también con las graves alteraciones y efectos complejos y retroactivos que la crisis sistémica está generando a distintas escalas espaciales. Estos últimos están vinculados tanto al grado de vulnerabilidad de cada ámbito — derivado de su trayectoria histórica, su estructura socioeconómica, y los recursos con que cuenta —, como a las diferentes capacidades de las instituciones locales para desarrollar estrategias con las que superar sus problemas y activar nuevos procesos de desarrollo (MÉNDEZ, 2014 a y b). Se producen, pues, modificaciones, no sólo en el espacio abstracto de los flujos sino también en el espacio concreto de los lugares, que afectan al modelo espacial hasta ahora dominante provocando la aparición de nuevos desequilibrios territoriales.

Se hacen así necesarias investigaciones que permitan adecuar las reflexiones e interpretaciones sobre el territorio a las nuevas realidades, contribuyendo a profundizar en el conocimiento de algunos de los graves problemas y desafíos a los que es necesario hacer frente.

En este contexto general de referencia el objetivo de este artículo es fijar la atención en

aquellos espacios que, al estar más directamente asociados a las lógicas económicas y espaciales dominantes por su mayor capacidad innovadora, han venido siendo considerados ganadores o emergentes. Este artículo trata así de retomar la reflexión realizada sobre este tipo de espacios hace ya casi dos décadas (CARAVACA, 1998 a y b), observándolos de nuevo para intentar reconocer los cambios que han venido experimentando en un periodo especialmente convulso y complejo en el que, además de haberse puesto cada vez más en evidencia la importancia del conocimiento y la innovación como factores de desarrollo, se ha consolidado la ideología neoliberal que ha resultado determinante en la conformación de la profunda crisis aún no concluida, y se han producido nuevas desigualdades sociales y nuevos desequilibrios territoriales.

Se trata así de realizar un análisis teórico desde una perspectiva muy general, recogiendo algunas de las interpretaciones y aportaciones realizadas sobre las últimas transformaciones desencadenadas en los modelos territoriales y más concretamente sobre las acontecidas en los espacios ganadores y emergentes, en los que se pone especialmente en evidencia la crucial relación existente entre innovación y territorio. En este último sentido, interesa especialmente centrar la atención en las diferencias y contradicciones internas que tales espacios presentan ahora y que, tal como se señalaba hace ya años, siguen siendo muy difíciles de apreciar dada la diversidad y complejidad de los procesos en curso (CARAVACA, 1998 a y b). Es un hecho evidente que las panorámicas de conjunto conllevan siempre a la simplificación de los hechos, pero también lo es que son necesarias y útiles porque ayudan a sistematizar la información y facilitan la participación en la reflexión colectiva y en el debate.

El artículo se estructura en seis epígrafes. Tras este primero introductorio, se dedica el segundo a reflexionar sobre los grandes procesos que han conformado el modelo socioeconómico actual, mientras que en el tercero se revisan las transformaciones experimentadas por las lógicas territoriales. En el apartado cuarto, por su parte, se reflexiona acerca de las aglomeraciones urbanas considerando si siguen siendo espacios que pueden calificarse de ganadores en el nuevo contexto generado por la crisis. Seguidamente se dedica el epígrafe quinto al análisis de la evolución experimentada por los considerados espacios emergentes en el nuevo contexto. Por último, se hace referencia a algunos de los nuevos retos que es necesario superar a la hora de realizar análisis territoriales.

2. TECNOLOGÍAS DE LA INFORMACIÓN, GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL Y CRISIS SISTÉMICA

Las profundas transformaciones experimentadas por las estructuras económicas, laborales, sociales e institucionales que se venían produciendo desde las dos últimas décadas del siglo XX se han acelerado y profundizado desde que en el año 2008 estalló la crisis financiero-inmobiliaria poniendo en evidencia toda una serie de contradicciones asociadas tanto a la forma en que se ha llevado a cabo el proceso de globalización, como a los cambios que se han venido produciendo en la lógica de funcionamiento económico. Cambios tan significativos y complejos en el sistema económico han afectado también en profundidad a las lógicas territoriales que requieren así nuevas lecturas e interpretaciones.

En tal sentido, parece interesante hacer referencia a los principales procesos socioeconómicos que, ocurridos desde finales de siglo, están provocando ahora nuevos cambios en las lógicas territoriales. El esquema de la FIG. 1 pretende sintetizarlos.

La masiva incorporación de innovaciones — que afectan no sólo a los productos sino a los procesos de fabricación, las formas de organización de las empresas, las relaciones de producción y los factores de localización de las distintas actividades— provocó una verdadera ruptura con el anterior modelo tecnológico. Esta Revolución Tecnológica tenía su base en las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones que, además de permitir el desarrollo de nuevas actividades, se convirtieron en núcleos centrales de un modo de acumulación en el que crece el peso del capital intangible respecto al del capital fijo, contribuyendo así a una progresiva terciarización del sistema económico que evolucionó hacia una economía de servicios. Estas nuevas tecnologías impulsaron, a su vez, un proceso de reestructuración productiva que supuso el paso del sistema de producción fordista al llamado postfordista, neofordista o de especialización flexible, permitiendo la automatización y segmentación en fases de procesos de fabricación antes integrados, lo que, a su vez, hacía posible reducir el tamaño medio de los establecimientos fabriles y lograr con ello una más rápida adaptación a los incesantes cambios de la demanda.

Las nuevas tecnologías de la información, que habían dado lugar a la llamada sociedad informacional (CASTELLS, 1995 y 1996), contribuyeron a despertar el interés por las actividades in-

Fig. 1/ **Hacia nuevas interpretaciones de las lógicas territoriales**

Fuente: Elaboración propia

tensivas en conocimiento, convirtiéndose éste en el principal recurso competitivo de los territorios al ser difícil de deslocalizar, pudiendo contribuir, en consecuencia, no sólo al dinamismo económico sino también al desarrollo territorial. La sociedad del conocimiento — que es aquella en la que las actividades directamente ligadas a su producción representan una parte significativa de la economía — despierta ahora la atención de investigadores, organismos e instituciones (DAVID & FORAY, 2002; OCDE, 2002; KARLSSON & *al.*, 2014).

Entre las transformaciones derivadas de la Revolución Tecnológica se incluye también el haber potenciado la multiplicación de flujos de productos, personas, capitales, tecnologías, informaciones y conocimientos entre personas, establecimientos, empresas, sectores y territorios conformando una economía en red, cada vez más globalizada, que desborda las fronteras de las naciones, haciendo perder protagonismo a los Estados (MICHALET, 1985; BATTISTONI-LEMIERE, 2009; WACKERMANN, 2011). En efecto, la progresiva apertura de los mercados y las nuevas tecnologías de la información propiciaron una convergencia mundial de los mercados y una creciente interdependencia entre territorios a escala mundial de tal forma que el sistema económico condiciona y modula, cada vez en mayor medida la vida de la gente. De este modo se confirmaba una nueva era de capitalismo transnacional/global que se diferencia del de etapas precedentes por la asunción cada vez más generalizada de una lógica económica en la que la organización de la producción, la distribución e incluso el consumo trascienden las

fronteras de los países. Por primera vez en la historia el sistema capitalista alcanzaba

«una escala verdaderamente planetaria, tras la crisis y la práctica desaparición de los sistemas de planificación centralizada... junto al retroceso constante de las economías cerradas, basadas en el autoconsumo, confinadas en áreas marginales del globo y progresivamente desarticuladas» (MÉNDEZ, 1997: 108).

La ideología neoliberal, convertida en la lógica económica dominante, resultó determinante en el proceso de globalización, tanto al provocar una progresiva concentración del capital, como al desregular su forma de funcionamiento. Aunque las primeras referencias concretas a dicha ideología corresponden a los años ochenta del pasado siglo, el proceso de desregulación económica iniciado en la década anterior puede considerarse sin duda un importante precedente. En efecto, en 1971 se produjo el cambio del patrón oro al patrón dólar, liquidándose el régimen de cambios fijos que había sustentado hasta entonces los intercambios monetarios, y el sistema financiero global empezó a experimentar desde entonces importantes cambios. Por una parte, se hizo patente su fuerte y acelerado crecimiento y, por otra, se produjeron importantes alteraciones cualitativas en sus formas de comportamiento; unos y otras contribuyeron decisivamente a la llamada financiarización de la economía.

Este proceso de transformación se vio en gran medida favorecido por el

«auge de sistemas sumamente refinados de coordinación financiera a escala global» que contribuyeron a que se entrara «en una era de riesgos financieros sin precedentes» (HARVEY, 2008 b: 218).

Esta progresiva movilidad y liquidez del capital no sólo afecta a los mercados financieros sino que condiciona, a su vez, los comportamientos de las firmas, sectores y territorios generalizándose la aplicación de estrategias de privatización, de desregulación y de desreglamentación de tal forma que

«la política monetaria se utiliza para luchar contra la inflación y no para sostener la inversión (mientras que) la moderación salarial se convierte en uno de los objetivos centrales de las políticas económicas» (STERDYNYIAK, 2012: 30-31).

No puede extrañar que estos cambios radicales, especialmente significativos en el sistema financiero, hayan dado lugar a una profunda crisis que, aunque empezó siendo financiera, ha llegado convertirse en sistémica. Su inicio puede situarse tanto en el año 2007, con el colapso financiero producido en Estados Unidos por las llamadas hipotecas basura, como en el 2008, cuando se produce la caída del banco de inversiones Lehman Brothers, también en el citado país. Tales sucesos desencadenaron una reacción en cadena de las entidades bancarias al verse incapacitadas para cubrir sus pérdidas; para evitar sus quiebras, los gobiernos y los bancos centrales comenzaron a transferirles dinero, contribuyendo con ello a extender la crisis a otros sectores económicos y a otros países, entre los que se vieron especialmente involucrados los que conforman la Unión Europea. Esta profunda crisis financiero-inmobiliaria ha contribuido a poner en evidencia toda una serie de contradicciones asociadas tanto a la forma en que se ha llevado a cabo el proceso de globalización cómo al creciente predominio de la ideología neoliberal (PALERMO, 2008; LAVAL-DARDOT, 2013).

Resulta cuanto menos sorprendente la incapacidad mostrada para prever la crisis por organismos internacionales encargados de controlar el funcionamiento del sistema financiero, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Si, por una parte, el pensamiento dominante de los responsables de estas instituciones no parecía haber contemplado la posibilidad de que el modelo de funcionamiento bancario terminara desencadenando una crisis de tal envergadura; por otra, parece también que no interesaba alertar sobre sus riesgos, ya que se lograban a la vez importantes beneficios a los que no estaban dispuestos a renunciar; no hay que olvidar, además, que la crisis ha servido

para transferir poder y riqueza desde el trabajo hacia el capital. Es especialmente ilustrativa al respecto la lógica con la que se ha intentado superar el colapso en la Unión Europea, pues, con la mayor intervención pública de la historia, mientras la retórica apelaba a las cualidades de la economía de mercado se utilizaba al Estado para intereses particulares.

«Así, la crisis (y los fallos) del mercado se convirtieron...en la crisis (y los fallos) del Estado» (ESTEFANÍA, 2015: 19).

Se ponía con todo ello de manifiesto que

«el neoliberalismo no es sólo una doctrina económica, sino también un planteamiento ideológico y una herramienta útil para los intereses de los grupos sociales más vinculados al capital» (ÁLVAREZ PERALTA & *al.*, 2013: 22).

Ante este orden de cosas y teniendo en cuenta la magnitud de esta crisis, no es de extrañar que algunos analistas se refieran a ella como la *Gran Recesión* al considerar que

«estamos ante una crisis de largo alcance que está solo en los primeros años de su desarrollo y que augura la quiebra del capitalismo global, primera etapa del colapso civilizatorio» (FERNÁNDEZ DURÁN & GONZÁLEZ REYES, 2014: 26).

El conocimiento y la innovación, que han permitido el cambio de paradigma tecnológico; el espacio de los flujos y las redes, que resulta determinante para la integración de los mercados y para la conformación de nuevas lógicas territoriales; y la globalización neoliberal, que está en la base de la financiarización de la economía y de la crisis sistémica que se viene padeciendo, son procesos que deben ser tenidos muy en cuenta para poder entender e interpretar la evolución experimentada por las formas de articulación territorial.

Eran varios los estudiosos que en la década de los noventa del pasado siglo destacaban la importancia de la interacción entre el espacio abstracto (y global) de los flujos y el espacio concreto (y local) de los lugares, insistiendo en que era necesario contemplar estas dos lógicas para comprender los procesos territoriales (CASTELLS, 1996; SANTOS, 1996; DOLLFUS, 1997). Partiendo de esta premisa, hay que preguntarse ahora ¿Se han producido cambios y de qué signo en la relación global/local? ¿Se vislumbran nuevas formas de articulación territorial? ¿Cómo se comportan ahora los espacios ganadores y emergentes? ¿Cómo se percibe el crecimiento experimentado por la

nueva economía alternativa y más localizada? En los siguientes epígrafes se reflexiona sobre todas estas cuestiones.

3. ¿HACIA NUEVAS INTERPRETACIONES DE LAS LÓGICAS TERRITORIALES?

Si la relación innovación/globalización/redes resulta clave para entender las lógicas de organización socioeconómica, es así mismo fundamental para interpretar las formas de articulación territorial; no puede extrañar, por consiguiente que hayan sido muy diversas las tesis que se han venido defendiendo sobre esta relación tan compleja (CASTELLS, 1995 y 1996; DOLLFUS, 1995 y 1997; HARVEY, 1996; VELTZ, 1996).

La capacidad innovadora condiciona la forma de inserción de empresas y territorios en un espacio global, desequilibrado y muy cambiante, en el que se contraponen áreas innovadoras y dinámicas que se consideran ganadoras porque evolucionan con éxito, a aquéllas otras que, al no saber adaptarse a los incesantes cambios de las sociedades actuales, son tenidas por perdedoras porque van quedándose marginadas (CATING & *al.*, 2001; JAMBES, 2001; MÉNDEZ, 2002; MCKIMON & *al.*, 2002).

Las nuevas tecnologías vinculadas a la información y a las comunicaciones permiten la segmentación en fases de procesos de fabricación antes integrados y, en consecuencia, la descentralización productiva. Tanto uno como otro de estos procesos resultan esenciales para la formación de empresas red y redes de empresas que basan su localización en las ventajas comparativas de los distintos ámbitos territoriales.

A su vez, la densificación progresiva de los flujos de productos, personas, capitales, tecnologías e informaciones dan lugar a la formación de redes crecientemente complejas en el contexto de una economía cada vez más mundializada; y este entramado de flujos que conforman el espacio de las redes resulta fundamental para entender los comportamientos espaciales. Partiendo de la base de que una red está formada por una serie de nodos, repartidos espacialmente de forma discontinua, y que éstos se vinculan a través de flujos que se representan con líneas, se entiende que la red en su conjunto funcione como un todo, mientras que los espacios intersticiales quedan al margen de su funcionamiento.

«Existe, pues, una solidaridad y un cierto tipo de intercambio entre los lugares que forman parte de una red (de información, mercancías, per-

sonas...) cuyas características determinan su organización interna, es decir, la forma espacial trasladable a un plano y la densidad/distribución de los flujos» (MÉNDEZ, 1997, 188).

Dichas redes —materiales e inmateriales— están controladas por los grupos que detectan el poder y organizan el espacio en función de la posición que ocupan en ellas los principales nodos, que son aquellos en los que se ejercen las funciones que rigen los comportamientos económicos a escala mundial. Siendo esto así, el espacio de las redes no puede considerarse únicamente una morfología socio-territorial, sino también y sobre todo la lógica espacial dominante de articulación del poder (VELTZ, 1996; HARVEY, 1996; CASTELLS, 1995 y 1996). Pero, junto a lo anterior, la conformación de redes de colaboración, formales e informales, entre actores locales que, pese a tener intereses distintos, están comprometidos con objetivos comunes, pueden contribuir a impulsar procesos de desarrollo territorial, lo que pone también en evidencia que la complejidad es una característica sustancial al espacio de las redes (CARAVACA & *al.*, 2005; CARAVACA & GONZÁLEZ, 2009).

Por su parte, el análisis de la relación que se establece entre el espacio global de las redes y el espacio local de los lugares es imprescindible para entender las desigualdades territoriales (SAVY & -VELTZ, 1995; VELTZ, 1996; COX, 1997). En tal sentido, siguen siendo interesantes y válidas las consideraciones que hacía Milton Santos en su momento acerca de la tensión creciente entre lo global y lo local, advirtiendo que

«existe un conflicto, que se agrava, entre un espacio local vivido por todos los vecinos y un espacio global regido por un proceso racionalizador y un contenido ideológico de origen distante, que llega a cada lugar con los objetos y las normas establecidos para servirlos» (SANTOS, 1996: 128).

No puede dejarse al margen otra importante característica de esta lógica de funcionamiento socioeconómico y territorial: la capacidad para actuar como una unidad a escala mundial en tiempo real, es decir, que el tiempo se hace instantáneo a escala planetaria; esto altera significativamente la relación entre las dos dimensiones fundamentales de la vida, el tiempo y el espacio, condicionando a su vez las formas de conexión entre lo global y lo local.

Este contexto general de referencia, que ya era una realidad a finales del siglo XX, sigue estando vigente, pero es evidente que las transformaciones socioeconómicas que se han venido produciendo durante la última década, en buena parte asociadas a la crisis, requieren nuevas

miradas, análisis, reflexiones e interpretaciones que tengan como objetivo la búsqueda de soluciones a un proceso de globalización que, sustentado en los intereses de una minoría, no sólo no está contribuyendo a resolver los problemas de una gran parte de la población, sino que está agravándolos y provocando, además, nuevos contrastes, desigualdades sociales y desequilibrios territoriales (MORIN, 2010 y 2011). Con una mirada expectante y en cierta medida esperanzadora, Soja suscribe al respecto que

«se está desarrollando tanto una conciencia creciente de las injusticias y desigualdades integradas en la Nueva Economía como una necesidad en aumento de encontrar mejores formas de conseguir una mayor justicia» (SOJA, 2014: 258).

Centrando la atención en las transformaciones experimentadas por las lógicas espaciales y poniendo especialmente el acento en las posibles consecuencias de la crisis energética, Ollivro reflexiona sobre lo que considera «impresionante dinámica de 're-territorialización' de las sociedades» (OLLIVRO, 2011:7). Sostiene dicho autor que estamos inmersos en un proceso de *mundialización paradójica* en el que mientras se generalizan y crecen exponencialmente las comunicaciones a distancia en tiempo real a través del ciberespacio, crece la incertidumbre respecto a la capacidad futura de desplazamientos mecánicos en un contexto en que la crisis energética, vinculada al pico del petróleo, puede obligar a reducir la movilidad (FERNÁNDEZ DURÁN, 2011; FERNÁNDEZ DURÁN & GONZÁLEZ REYES, 2014).

Se pregunta Ollivro (OLLIVRO, 2011) al respecto si estos procesos van a impulsar el crecimiento de una nueva economía, mucho más localizada y vinculada a la creación de un orden alternativo al actual. Llama la atención, a su vez, sobre la contradicción que supone que, mientras por primera vez en la historia de la humanidad puede accederse cada vez más fácilmente y de forma casi generalizada a una información común y gratuita, vayan a empezar a encarecerse progresivamente los costes de los transportes de personas y mercancías. En estrecha relación con esto último, advierte también Ollivro que la crisis energética puede conllevar en el futuro a una reducción del perímetro de vida de la gente, lo que sin duda supondría un cambio, no sólo social sino también económico y por supuesto territorial, de excepcional calado. No hay que olvidar que esta crisis energética, relacionada sobre todo con la escasez de recursos fósiles, preocupa intensamente a muchos investigadores que entienden que forma parte de un proceso de

«crisis de largo alcance que está solo en los primeros años de su desarrollo y que augura la quiebra del capitalismo global, que es la primera parte del colapso civilizatorio» (FERNÁNDEZ DURÁN & GONZÁLEZ REYES, 2014: 26).

Para hacer referencia a lo que considera «una nueva economía de los territorios» Ollivro, en su trabajo ya antes citado, utiliza el término *mondialité*, que pretende asociar los vocablos de mundialización y humanidad resaltando la importancia de la localidad, como modelo alternativo y opuesto a una mundialización/globalización basada en la existencia de energía fósil suficiente, mercados muy accesibles, deslocalización de las actividades productivas y financiación de la economía (OLLIVRO, 2011; DODU, 2011). Esta tesis es defendida también por otros investigadores señalando algunos que

«si el siglo XX fue el de la expansión y complejización global, destruyendo la diversidad local gracias a la energía fósil, el siglo XXI será el de la contracción y simplificación global, que no local, que volverá a reverdecer» (FERNÁNDEZ DURÁN & GONZÁLEZ REYES, 2014: 182).

Teniendo en cuenta todo lo anterior, es interesante reflexionar acerca de cómo están evolucionando en este contexto los espacios considerados ganadores, al ser más innovadores y estar mejor articulados al espacio global de las redes; pero también qué está ocurriendo en aquéllos otros que han venido siendo calificados como emergentes por su potencial innovador, su capacidad competitiva y su dinamismo. Se trata, pues, de reconsiderar y repensar la evolución experimentada por dichos espacios analizándolos desde una perspectiva crítica que trate de comprender los impactos producidos en ellos por la crisis, pero también de considerar la posible existencia de nuevos caminos que, dignificando las formas de pensar y de vivir, permitan avanzar hacia verdaderos procesos de desarrollo de carácter integrado que tengan como principal objetivo mejorar la vida de la gente (TOURAINÉ, 2011; MORIN, 2011; TORRES LÓPEZ, 2011).

4. ¿PUEDEN SEGUIR CONSIDERÁNDOSE COMO GANADORAS A LAS REGIONES URBANAS?

Han pasado ya más de dos décadas desde que BENKO y LIPIETZ (1994), recogiendo aportaciones de diversos investigadores, reflexionaran sobre el cambio de tendencia experimentado por los grandes espacios urbanos. Sostenían

estos autores la tesis de que, tras los negativos impactos que, en dichos espacios, había producido la crisis del fordismo y la reestructuración productiva posterior, durante los últimos años del anterior milenio salían reforzados hasta el punto de adquirir la categoría de «espacios que ganan». Tales comportamientos estaban relacionados con su rol de centros neurálgicos de poder y principales nodos de articulación al espacio global de las redes al concentrar la capacidad innovadora, las empresas vinculadas a la economía del conocimiento, las sedes sociales de las empresas y las instituciones; es decir, todas aquellas funciones consideradas estratégicas para el funcionamiento del sistema económico a escala global.

Como contrapunto a lo anterior, hay que recordar también la tesis sostenida por FERNÁNDEZ DURÁN (1993) sobre la explosión del desorden provocada por la crisis en las grandes metrópolis augurando que

«los espacios metropolitanos se transmutarán en los núcleos predilectos dónde se concentre la crisis económica, social y ambiental... transformándose en piezas enormemente frágiles que serán presas fáciles de procesos de ingobernabilidad de todo tipo» (FERNÁNDEZ DURÁN, 1993: 383).

Coincidiendo, aunque sólo en parte, con las tesis sobre des-urbanización y contra-urbanización sostenidas unos años antes, consideraba entonces el citado investigador que estos espacios, pese a ser percibidos como los más fuertes al concentrar los procesos de acumulación y de consumo, resultan especialmente vulnerables por su mayor dependencia externa de los flujos vitales básicos para la supervivencia siendo, por tanto, en ellos dónde las contradicciones, desigualdades y desórdenes se manifiestan más intensamente y con mayor complejidad.

Una vez recordados estos planteamientos antagónicos, es oportuno reflexionar acerca de la evolución experimentada desde entonces por los grandes espacios urbanos, teniendo en cuenta cómo, por una parte, los procesos de crecimiento urbano ocurridos durante los años previos a la gran crisis financiera-inmobiliaria y, por otra, los impactos producidos por el estallido de ésta están contribuyendo a generar en ellos nuevos y significativos cambios. No hay que olvidar que, como recuerda HARVEY (2012), las crisis financieras tienen raíces urbanas y que la iniciada en 2008 puede considerarse fundamentalmente una crisis generada por la urbanización, por lo que no es de extrañar que sus efectos estén siendo especialmente significativos en estos espacios calificados por algunos de ganadores.

Para empezar, hay que hacer referencia a la creciente expansión territorial que están experimentando, generando con ello, a su vez, transformaciones en el contexto social y en el medio natural que tienen consecuencias trascendentales tanto para las formas de vida cómo para el futuro sostenimiento del planeta. Señalan Brenner y Schmid al respecto que las «geografías de la urbanización» están adquiriendo morfologías nuevas y de mayor envergadura, estrechamente vinculadas a la inversión de capitales transnacionales y sugieren que

«las condiciones y trayectorias de las aglomeraciones (ciudad, ciudad-región, etc.) deben conectarse analíticamente a procesos de mayor escala relacionados con la reorganización territorial, la circulación (de trabajo, productos básicos, materias primas, nutrientes y energía) y la extracción de recursos que, en definitiva, abarcan el espacio de todo el mundo» (BRENNER & SCHMID, 2014: 62).

Para intentar explicar tales procesos, se incorpora la categoría conceptual de *urbanización planetaria*; con ella no se hace referencia a la formación de una red mundial de ciudades globales o a una única megalópolis universal, sino a la extensión creciente y desigual a escala planetaria del proceso de destrucción creativa capitalista y a la conformación de una sociedad urbana que se expande a escala mundial condicionando todos los procesos territoriales (GLEESON, 2012; BRENNER, 2013; BRENNER & SCHMID, 2015).

Con estos planteamientos se pone, una vez más, en evidencia la estrecha relación existente entre capitalismo y proceso de urbanización. Si la ciudad fue la forma espacial dominante durante el capitalismo industrial y la aglomeración metropolitana e incluso la región urbana se asocian al capitalismo transnacional o capitalismo corporativo, la categoría conceptual de urbanización planetaria parece estar estrechamente vinculada al capitalismo financiero.

Según se viene señalando por un buen número de investigadores, este capitalismo financiero, derivado del proceso de reestructuración neoliberal, ha provocado una desigual distribución espacial de las inversiones y una creciente mercantilización de los espacios urbanos que afecta, entre otros aspectos, a la calidad de vida de sus habitantes. Como afirma Harvey al respecto

«la calidad de vida urbana se ha convertido en una mercancía, como la ciudad misma, en un mundo en el que el consumismo, el turismo, las industrias culturales y las basadas en el conoci-

miento se han convertido en aspectos esenciales de la economía política urbana» (HARVEY, 2008 a: 31).

Efectivamente, los capitales ligados, por una parte, a la economía del conocimiento y, por otra, a las actividades financieras, en gran parte de carácter especulativo y fuertemente asociadas a las inversiones inmobiliarias, han venido mostrando su preferencia por las grandes áreas urbanas y muy especialmente por aquéllas mejor conectadas al espacio global de las redes, que son esencialmente las situadas en los países más desarrollados.

En estrecha relación con lo anterior, es precisamente en algunas de las grandes ciudades y aglomeraciones metropolitanas de Estados Unidos y de la Unión Europea dónde las crisis financiero-especulativa e inmobiliaria han incidido con mayor virulencia, lo que no es de extrañar porque, como se señalaba anteriormente, es en estos espacios especialmente innovadores en los que se ubican los principales centros financieros, las sedes sociales de las grandes corporaciones y, en general, las actividades más dinámicas y competitivas; pero también porque, junto a lo anterior, es en ellos donde el proceso urbanizador creció de forma masiva, especulativa y desordenada durante los años previos al estallido de la burbuja financiero-inmobiliaria.

En el caso de la Unión Europea no hay que olvidar, además, que las medidas que se han venido adoptando para intentar controlar los fuertes desajustes económicos y presupuestarios que las entidades financieras habían provocado, han generado una segunda crisis que está reduciendo e incluso anulando los efectos de las políticas de cohesión social y territorial implementadas por las instituciones europeas en etapas anteriores. La crisis financiero-inmobiliaria junto a la derivada de la aplicación de las políticas de austeridad han provocado, pues, el declive de numerosas ciudades al generar en ellas toda una serie de impactos que, en última instancia, están relacionados con una progresiva concentración de la riqueza, el crecimiento de nuevas formas de pobreza, y un significativo deterioro territorial y ambiental.

Desde la perspectiva socio-económica, se ha producido la quiebra de algunas empresas, primero asociadas al ciclo inmobiliario y después a otros sectores de actividad; la destrucción de un elevado número de empleos, con el consiguiente crecimiento del paro; el deterioro de las condiciones laborales, con la aparición de trabajadores pobres que conforman una nueva

clase social para la que Standing (2013) utiliza el neologismo de «precariado»; y, en definitiva, la intolerable brecha social que está produciendo la creciente concentración del capital en manos de cada vez menos personas, mientras una gran mayoría de la población se empobrece y crece significativamente el número de marginados (INTERMÓN OXFAM, 2012; OXFAM INTERMÓN, 2013 y 2016).

Desde el punto de vista territorial el modelo urbanístico ambientalmente agresivo y espacialmente segregado con el que había crecido el sector inmobiliario de algunos países durante los años previos a la crisis, produjo un manifiesto deterioro de las condiciones medioambientales en las aglomeraciones urbanas. Este deterioro se hizo mucho más patente al estallar la burbuja inmobiliaria y quedar sin ocupar un gran número de viviendas en urbanizaciones construidas en zonas de expansión de las periferias metropolitanas, que se convertían así en «ciudades fantasma» y en «desiertos urbanizados» (BURRIEL, 2014). Junto al elevado coste económico y social que ello ha generado, se ha producido también un absurdo derroche de un recurso tan importante como el suelo, el aumento de determinados riesgos ambientales, y alteraciones paisajísticas que, en buena parte de los casos, están relacionadas con su deterioro. No hay que dejar al margen, además, la proliferación de ciudades y barrios subprime (AALBERS, 2012), muchas veces ligados a segregaciones de diversos tipos, en buena parte de las mayores periferias metropolitanas.

MÉNDEZ (2014 b) hace un análisis de las principales transformaciones ocurridas en las aglomeraciones metropolitanas que, de una u otra forma, están relacionadas con la crisis, ya sea porque han contribuido a provocarla, ya por los impactos que ésta ha generado, ya por la interesada utilización que se ha hecho de ella para justificar la aplicación de políticas de austeridad. Distingue así diversos tipos de transformaciones que en buena parte están relacionadas con: la ocupación desordenada del suelo, el agotamiento del ciclo inmobiliario, el crecimiento del número de desahucios mientras existe un elevado número de viviendas sin ocupar, el aumento del desempleo, la precarización de los contratos, el deterioro de los bienes públicos asociado a la aplicación de políticas de reducción del gasto, la aparición de nuevas formas de pobreza y exclusión social, y la proliferación de nuevos movimientos sociales de protesta.

Ante tal orden de cosas, Fernández Durán y González Reyes vuelven a alertar acerca de esa

«explosión del desorden que implicará (que está implicando ya) la crisis del capitalismo global, y que se manifestará primordialmente en las metrópolis»

y especifican que

«surgen nuevas articulaciones urbanas necesariamente distintas a las actuales».

Pero, junto a lo anterior, predicen ahora, además, que como consecuencia del colapso del capitalismo global y civilizatorio

«se volverá a pensar en la ciudad principalmente en términos de supervivencia y habitabilidad, más que de concentración y reproducción del capital» (FERNÁNDEZ DURÁN & GONZÁLEZ REYES, 2014: 288, 289 y 290).

Obviamente, la distribución espacial de las transformaciones que hasta ahora se vienen produciendo es muy desigual, lo que responde en buena parte a la consideración del suelo como una mercancía primando su valor de cambio sobre el valor de uso. Dicha lógica, fortalecida por la hegemonía de la ideología neoliberal, facilita la aplicación de políticas que, favoreciendo los intereses de determinados grupos mientras deterioran las condiciones de vida de la mayor parte de la población, están provocando una creciente fragmentación de las sociedades urbanas y de los espacios que éstas ocupan (BARAUD & SERFATY, 2011; HALBERT & LE GOIX, 2012; DE MATTOS, 2007 Y 2016).

No es de extrañar, por consiguiente, que los fuertes contrastes intra-metropolitanos ya antes existentes, se hayan acentuado considerablemente con la crisis, y frente a zonas y/o ciudades que se han visto menos afectadas por ella o que han reaccionado de forma resiliente consiguiendo aminorar sus efectos perniciosos, existan otras más vulnerables en las que se ha producido una reducción ostensible de los estándares de calidad de vida y bienestar social, mientras crecen nuevas formas de pobreza y de exclusión.

Pero si los desequilibrios interurbanos son importantes, mucho más preocupantes aún son los contrastes socio-espaciales que se observan en el interior de las ciudades, que en demasiados casos llegan a ser escandalosos. Resulta absolutamente intolerable el deterioro experimentado por las condiciones de vida de la población que habita en ciertos barrios marginales con importantes déficits infraestructurales, de equipamientos y de servicios, en

los que la mayor parte de sus habitantes sufren carencias básicas de todo tipo; el negativo comportamiento experimentado en ellos por los indicadores al uso pone aún más en evidencia los niveles de pobreza y exclusión que en ellos existen, entre los que cabe mencionar como ejemplo paradigmático el relativo a sus significativamente mayores tasas de mortalidad (INSTITUTO DE ESTADÍSTICA Y CARTOGRAFÍA DE ANDALUCÍA, 2016).

Puede afirmarse pues, que, en contraposición a lo que sería deseable, los espacios urbanos se han venido comportando cada vez más como *urbs* que como *polis* y *civitas*. Para lograr que estos espacios puedan considerarse realmente como ganadores es imprescindible alterar esta indeseable dinámica de forma que dichos espacios se conciban de forma integrada como *urbs* (construcción de espacios habitables), como *polis* (predominio de los intereses generales sobre los particulares) y como *civitas* (participación comprometida y solidaria de los ciudadanos).

5. LOS ESPACIOS EMERGENTES EN EL NUEVO CONTEXTO

Como se viene comentado, durante las últimas décadas se ha insistido en el carácter estratégico de la innovación y de las actividades vinculadas a la economía del conocimiento no sólo por su capacidad para impulsar directa e indirectamente el crecimiento económico sino también por su potencial para actuar como factores de desarrollo. La facultad de generar e incorporar conocimientos y realizar innovaciones se considera así una de las principales claves del éxito de las empresas y de los sectores, pero también de ciertos territorios capaces de encontrar respuestas colectivas con las que resolver sus problemas y hacer frente a sus disfunciones con un doble objetivo: insertarse competitivamente en el sistema mundo y mejorar las condiciones de vida de sus habitantes.

Se generalizó así el uso de las categorías conceptuales de *distrito industrial* y de *sistema productivo local* para hacer referencia a aquellos ámbitos locales en los que se revaloriza el medio o entorno por favorecer el surgimiento de iniciativas locales y atraer inversiones exógenas al propiciar que las empresas añadan a las relaciones de competencia otras de cooperación que les permiten utilizar conjuntamente ciertos servicios, intercambiar trabajadores y buscar soluciones colectivas para resolver sus problemas (GAROFOLI, 1994; COURLET &

PECQUEUR & SOLANGE, 1994). Junto a ellas, la de *medio innovador* ha servido para denominar a aquellos otros territorios en los que, junto a los comportamientos anteriores, la innovación y las actividades vinculadas a la economía del conocimiento tienen una destacada presencia (AYDALOT, 1986; MAILLAT & QUEVIN & SEN, 1993; MAILLAT, 1995).

Tanto en uno como en otro tipo de ámbitos la proximidad espacial propicia las relaciones inter empresariales y facilita los intercambios de información y conocimiento, que en buena parte se realizan de manera informal resultando a veces más efectivos que los realizados a través de instituciones y de mecanismos formalizados. No puede extrañar, por consiguiente, que se les haya considerado espacios emergentes en los que la capacidad innovadora, no sólo económica sino también social, tiene una significativa presencia, y contribuye a potenciar su dinamismo y su competitividad (CARAVACA, 1998 a y b).

Centrando la atención en la capacidad de ciertos lugares para mejorar la eficiencia colectiva, MOULAERT & SEKIA (2003) investigaron en su momento lo ocurrido en estos ámbitos incluyéndolos en lo que denominaban *modelos territoriales de innovación*. Además de resaltar sus características y de considerar los factores históricos, culturales, sociales, económicos e institucionales que explican su comportamiento, los analizaban críticamente poniendo en evidencia cierta falta de precisión conceptual y la necesidad de construir unas bases teóricas coherentes que resultaran de utilidad no sólo para realizar investigaciones académicas al respecto, sino también para facilitar la difusión social de su conocimiento y contribuir con ello a propiciar verdaderos procesos de desarrollo territorial.

Más recientemente, el creciente interés despertado por la economía y la sociedad del conocimiento (LEVER, 2002; DAVID & FORAY, 2002; COOKE & LEYDESDORFF, 2006) ha llevado a utilizar una nueva categoría conceptual: *territorial knowledges dynamiques (TKDs)*. Su origen hay que buscarlo en el proyecto EURODITE (2005-2010), que tenía como objetivo que estudiosos de disciplinas diversas realizaran análisis comparados sobre la economía del conocimiento con una comprensión renovada de la relación entre dicha economía y el desarrollo territorial. El proyecto, inspirado en los ya consolidados *modelos territoriales de innovación* (MTIs), estaba originariamente concebido para la relación entre innovación y desarrollo territorial en economías basadas en el conocimiento, para lo que proponía realizar investigaciones sobre lo ocurrido en distintas firmas,

sectores y escalas espaciales. Esta referencia a las escalas suponía una cierta ruptura con los argumentos sustentados en los MTIs que, como ya se ha comentado, centran la atención en la acumulación de innovaciones en determinados ámbitos locales.

Pese a esto último, JEANNERAT & CREVOISIER (2016) hacen una lectura enriquecedora de la relación existente entre ambos conceptos, afirmando que no deben considerarse opuestos sino complementarios puesto que los dos proporcionan bases teóricas que, de forma conjunta e interrelacionada, multiplican su capacidad interpretativa. Por una parte, los TKDs proporcionan nuevas vías teóricas y esquemas interpretativos de carácter general. Por otra, los MTIs, pueden aportar mayor credibilidad a la nueva categoría conceptual porque enriquecen la visión territorial, ya que enfatizan la facultad de los ámbitos locales no sólo para generar relaciones de proximidad espacial sino también para contribuir a crear conexiones entre diferentes redes, facilitando así el análisis multiescalar (CREVOISIER & JEANNERAT, 2008; CRESPO & VICENTE, 2016; JEANNERAT & CREVOISIER, 2016).

Algunos otros investigadores centran la atención en el rol que ejerce la llamada innovación social en los procesos de desarrollo local (HILLIER & MOULAERT & NUSSBAUMER, 2004; MOULAERT & MARTINELLI & SWYNGEDOW, 2004; OOSTERLYNCK & *al.*, 2013). Como se recordará, el concepto de innovación social está muy vinculado a los procesos de desarrollo localizados, puesto que, además de hacer referencia a las relaciones sociales establecidas en el seno de las empresas, se interesa por las conexiones, formales e informales, existentes entre estas y el medio en el que se insertan. No obstante, el concepto de innovación social se aplica también a

«la capacidad para producir, incorporar, transferir y ofrecer respuestas nuevas que sean capaces de aportar soluciones no convencionales a los problemas existentes en un determinado lugar —heredados o de origen reciente—, tanto en el plano estrictamente económico como en otros también vinculados al concepto de desarrollo territorial» (MÉNDEZ, 2016: 9).

En tal sentido, resulta especialmente interesante la reflexión realizada por MOULAERT & *al.*, (2005) sobre lo que llaman *modelos alternativos de innovación local*. Sostienen los autores que la innovación social está experimentando ahora un nuevo impulso, convirtiéndose en una herramienta idónea para investigar a escala local la gobernanza y el rol que juega la sociedad civil

en las transformaciones socioeconómicas y territoriales. Afirman además los investigadores citados que, dado que la innovación social está ligada a la movilización ciudadana, al reforzamiento de la identidad local y a la colaboración entre personas y organizaciones, puede contribuir a promover la inclusión social y a generar cambios institucionales que den protagonismo a aquellos grupos sociales que tradicionalmente han estado ausentes de la política local.

Esto supone una sugestiva e interesante forma de observar si se están impulsando procesos de desarrollo que puedan contribuir a combatir la exclusión social y a reducir las desigualdades. Se trata, pues, de tener en cuenta si las organizaciones sociales y los ciudadanos logran poner en práctica ciertas estrategias y formas alternativas de funcionamiento socioeconómico que, a escala local, permitan cubrir necesidades sociales no atendidas por el mercado ni por el sector público, a la vez que impulsan el cambio social y el empoderamiento comunitario, que son necesarios para favorecer un modelo de desarrollo socialmente inclusivo y territorialmente sostenible (MOULAERT & *al.*, 2005; BLANCO BRUGUÉ & CRUZ GALLACH, 2014).

En un contexto como el actual en el que se ha puesto claramente en evidencia que los modelos de crecimiento económico hasta ahora imperantes se han mostrado no sólo ineficientes, sino también económica, social y ambientalmente insostenibles, la llamada *economía alternativa* y *solidaria* representa un enfoque crítico que puede revestir un gran interés. No hay que olvidar que a los impactos derivados directamente de la crisis financiero-inmobiliaria, se han añadido después en ciertos territorios los provocados por políticas de contención del gasto que están generando un importante deterioro del llamado Estado del bienestar, lo que afecta gravemente a algunos grupos sociales provocado el consiguiente descontento y una creciente conflictividad social.

No puede extrañar, por consiguiente, que tales impactos y políticas estén contribuyendo a una creciente proliferación de *prácticas económicas alternativas*, algunas de las cuales ya antes existían, pero que ahora experimentan un reforzamiento, ya sea como estrategia de supervivencia a la crisis y a las políticas de ajuste asociadas a ella, ya como opción ideológica opuesta al modelo económico productivista y especulativo asociado al capitalismo.

«Pese a su heterogeneidad, presentan como rasgos comunes la propuesta de alternativas a las formas de producción, consumo, intercambio

y financiación dominantes, junto al desarrollo de redes de colaboración entre pares como clave de funcionamiento» (MÉNDEZ, 2015: 3).

En la búsqueda de modelos alternativos de crecimiento que sean ambientalmente respetuosos, socialmente justos y territorialmente equilibrados, resulta pues de indudable interés y muy estimulante la innovación social asociada a la expansión de prácticas económicas alternativas a las formas de financiación, producción, intercambio y consumo que ahora son dominantes. Frente a la lógica de la maximización del beneficio, el crecimiento económico y la competencia, que fundamenta el funcionamiento socioeconómico capitalista, la llamada genéricamente *economía alternativa* se basa en la colaboración y en la solidaridad, por lo que, muy al contrario de la economía convencional, puede propiciar la integración social y contribuir a frenar en parte la creciente desigualdad social que afecta a un elevado número de ámbitos territoriales.

Interesa, pues, destacar aquí la importancia que pueden llegar a alcanzar estas prácticas, que también pueden calificarse de innovadoras, puesto que pretenden promover el crecimiento de una economía más localizada impulsando procesos de desarrollo que están estrechamente relacionados por una parte, con la horizontalidad de las redes de colaboración que promueven y, por otra, con la forma en que ponen en valor recursos locales tan básicos como el medio ambiente y el territorio.

Siendo esto así, MÉNDEZ (2015) llama la atención acerca de que apenas haya sido investigada la dimensión espacial de este tipo de prácticas, considerando el rol que hayan podido ejercer en determinados ámbitos locales a la hora de frenar o hacer frente a los graves impactos generados directa o indirectamente por la crisis.

En este último sentido y en relación al tema objeto de análisis, es importante prestar atención al mayor o menor éxito que tales prácticas están teniendo en los diferentes ámbitos considerados emergentes. Ello debe ponerse en relación, por una parte, con la distinta capacidad de sus sociedades para reaccionar ante circunstancias adversas y, haciendo frente a situaciones de declive, adaptarse a las nuevas realidades; y, por otra, con el grado de convencimiento social de que es necesario superar las contradicciones derivadas del funcionamiento de un sistema económico que ha puesto repetidamente en evidencia que no es capaz de resolver los graves problemas socia-

les, económicos, territoriales y ambientales de las sociedades actuales. En uno y otro caso la distinta capacidad innovadora de los diferentes ámbitos territoriales es un factor fundamental que condiciona su evolución.

Al igual que se ha señalado anteriormente respecto a las grandes aglomeraciones metropolitanas, los impactos de la crisis en los espacios que por su potencial innovador —económico y/o social— pueden ser considerados emergentes, están siendo muy distintos en función del ámbito territorial en el que se integran, de los recursos con que estos cuentan, de sus trayectorias históricas, de sus estructuras económicas, de los sectores predominantes, del tamaño y forma de organización de sus empresas, y sobre todo de la densidad de sus redes de cooperación socio-institucional así como de la capacidad de sus agentes públicos y privados para desarrollar estrategias colectivas con las que enfrentar y superar sus problemas y retos.

Junto a todo lo anterior, algunos estudiosos sostienen que, en contra de lo que hasta ahora se creía, los ámbitos territoriales

«capaces de vivir con menos energía, menos recursos, y menos tecnología tendrán una ventaja comparativa» y que ello está relacionado con una «economía más local, energía más descentralizada, menos capacidad de explotación laboral, menos herramientas para el control, etc.» (FERNÁNDEZ DURÁN & GONZÁLEZ REYES, 2004: 327).

6. NUEVOS RETOS PARA LOS ANÁLISIS TERRITORIALES

La difusión de la lógica económica dominante ha llevado a conformar un espacio capitalista de acumulación que, como ya advertía Polanyi en los años cuarenta del pasado siglo, está destruyendo los cimientos materiales y políticos de las sociedades a escala mundial (POLANYI, 1944). A su vez, a escala local las perspectivas de acumulación y crecimiento de un determinado lugar dependen de lo que éste pueda ofrecer a la valorización privada del capital, al ser ésta la base de la ideología neoliberal ahora dominante.

Esta forma de funcionamiento económico ha resultado determinante en la generación de la crisis financiero-inmobiliaria que ha provocado ya y aún sigue provocando gravísimos impactos económicos, laborales, sociales, ambientales y territoriales. Especialmente preocupante

resulta, además, que esta gran crisis se haya convertido no sólo en sistémica sino incluso en civilizatoria, al incluir entre las múltiples crisis que, interrelacionándose, la conforman la vinculada a los valores éticos y democráticos; esto último contribuye a mermar la capacidad de promover objetivos sociales de interés general si éstos no satisfacen al capital.

En este contexto, no puede extrañarse que los impactos generados por la crisis financiero-inmobiliaria y por las políticas de ajuste que se han venido aplicando en algunos países europeos estén siendo devastadores y hayan provocado una fuerte redistribución de la riqueza desde el sector público al privado, desde las rentas del trabajo a las del capital, desde los pobres a los ricos y desde el sur hacia el norte (ALVAREZ PERALTA & *al*, 2013). No se puede dejar al margen el hecho de que las respuestas a la crisis son opciones políticas y que las que no priorizan la justicia social contribuyen a generar desigualdad y pobreza.

Junto a lo anterior, la acelerada multiplicación de innovaciones, asociadas a las tecnologías de la información y las comunicaciones, han seguido provocando una creciente densificación de los flujos que conforman el espacio de las redes y que sustentan la globalización económico-financiera, poniendo en evidencia la existencia de algunas claves que resultan básicas para entender e interpretar los procesos territoriales. Entre ellas, y desde la perspectiva que aquí nos ocupa, cabe destacar: la alteración de la relación espacio/tiempo; las vinculaciones establecidas entre el espacio abstracto de las redes y el espacio concreto de los lugares; y la revalorización del territorio al que se concibe como recurso competitivo.

En este sentido, hay que enfatizar el hecho de que, aunque todas estas cuestiones despiertan el interés de investigadores de disciplinas diversas, resultan verdaderamente esenciales para aquéllas centradas en los análisis de las formas de organización del espacio y en los procesos de articulación y reestructuración territorial.

Las relaciones que se establecen entre el espacio global de las redes y el espacio concreto de los lugares están siendo cada vez más complejas, asimétricas y desequilibradas y, al estar éstas asociadas al grado de integración o exclusión de los distintos ámbitos en el espacio global, condicionan los modelos territoriales. Los nodos que configuran las redes tienen distinta capacidad para atraer los principales flujos, porque no todos pueden ofrecer las con-

diciones más ventajosas para la acumulación de capital, de forma que los territorios tienden a competir entre ellos primando estrategias encaminadas a hacerlos más atractivos para los inversores, aunque ello suponga dejar postergadas las necesidades de la mayor parte de sus habitantes. A su vez, se potencian las relaciones entre los principales nodos que conforman las redes mientras éstos se desconectan cada vez más del entorno físico que los rodea, generando con ello mayores flujos de productos y residuos y, en consecuencia, acrecentando los problemas territoriales y ambientales. Respecto a esto último no hay que olvidar que

«la separación cultura-naturaleza moderna tiene muy probablemente el tiempo contado. De aquí a poco quedará meridianamente claro que el ser humano no puede vivir ni sobrevivir sin tener en cuenta que no solo es interdependiente, sino también eco-dependiente, como toda forma de vida sobre la Tierra» (FERNÁNDEZ DURÁN & GONZÁLEZ REYES, 2014: 334).

Respecto a los espacios objeto de atención en este artículo, sigue siendo pertinente este interrogante: ¿Es un espacio ganador o emergente aquél que destaca por la utilización respetuosa y racional de sus propios recursos y capacidades y por atender prioritariamente las necesidades de sus habitantes, o su ventaja consiste en la mera competencia económica con otros ámbitos y en vivir a expensas de los recursos existentes en territorios cada vez más extensos?

Tal cuestión se responde por sí sola teniendo en cuenta el carácter polarizador y agresivo de un modelo económico en el que los procesos de acumulación del capital provocan creciente inequidad social y territorial además de graves impactos medioambientales. En efecto, el funcionamiento de este modelo económico es territorial, ambiental y socialmente insostenible, y en vez de contribuir a mejorar la calidad de vida de las personas, está propiciando la aparición de nuevas desigualdades en un sistema mundo crecientemente fragmentado, inseguro y desequilibrado en el que, mientras se concentra el poder en manos de ciertas élites privilegiadas, una gran mayoría de la población se ve cada vez más incapacitada para hacer valer

sus derechos más básicos (INTERMÓN OXFAM, 2012; OXFAM INTERMÓN, 2013 y 2016).

Los intereses económicos han prevalecido, pues, sobre los principios éticos y democráticos y sobre los derechos de la ciudadanía, imponiéndose la cultura de la competencia frente a valores con mayor contenido moral como la solidaridad. Estamos así ante una crisis que para algunos no es sólo sistémica sino también civilizatoria puesto que en ella

«se unen la quiebra de la organización social, del modelo económico y de los valores imperantes. La salida de este colapso implicará inevitablemente el cambio de paradigma. Mientras una crisis sistémica se resuelve con un cambio dirigido por una clase emergente, una crisis civilizatoria implica la transformación de todo el cuerpo social» (FERNÁNDEZ DURÁN & GONZÁLEZ REYES, 2014: 181).

El problema es de excepcional gravedad porque, lamentablemente, aún no se vislumbra cuál puede ser el modelo socioeconómico que, en la búsqueda de la justicia social y espacial (SOJA, 2014), priorice las necesidades de las personas para acercarse a lo que GALBRAITH (1996) consideraba «una sociedad buena».

Siendo esto así, los investigadores estamos obligados a reflexionar para buscar soluciones a los graves problemas que están afectando a las sociedades, a los territorios y al medio ambiente. Si hace algunos años se insistía en la necesaria revisión de los análisis territoriales para adecuarlos a las, entonces, nuevas lógicas económicas y espaciales, es importante volver a hacerlo ahora teniendo en cuenta los conflictos provocados por la densificación del espacio abstracto de las redes y por los impactos de la crisis en el espacio concreto de los lugares. Sólo profundizando en el estudio de tales procesos y difundiendo socialmente su conocimiento será posible interpretar correctamente la creciente complejidad territorial y contribuir a propiciar la búsqueda de modelos alternativos que, anteponiendo las personas a los intereses del capital, aporten soluciones con las que hacer frente a los graves problemas y contradicciones de las sociedades actuales.

Bibliografía citada

AALBERS, M.B. EDIT. (2012): *Smart cities: The Political Economy of Mortgage Markets*, Wiley-Blackell, London.

ÁLVAREZ PERALTA, I. & al. (2013): *Fracturas y crisis en Europa*, Eudeba y Clave Intelectual, Buenos Aires-Madrid.

- AYDALOT, P. (1986): *Milieux innovateurs en Europe*, GREMI, Paris.
- BARAUD-SERFATY, I. (2011): «La nouvelle privatisation des villes», *Esprit*, N° 3, pp. 149-167. http://www.esprit.presse.fr/archive/review/rt_download.php?code=35985.
- BATTISTONI-LEMIERE, A. (2009): *L'Espace mondialisé: flux, acteurs, enjeux*, Ellipses, Paris.
- BENKO, G. & LIPIETZ, A. Edits. (1994): *Las regiones que ganan. Distritos y redes. Los nuevos paradigmas de la Geografía Económica*. Institución Alfonso el Magnánimo, Valencia.
- BLANCO, I. & al. (2014): «Resiliencia comunitaria frente a la crisis: innovación social y capacidad cívica en los barrios desfavorecidos». V *Congreso Internacional en Gobierno, Administración y Políticas Públicas GIGAPP*, Madrid.
- BRENNER, N. (2013): «Tesis sobre la urbanización planetaria», *Nueva Sociedad*, N° 243. www.nuso.org/media/articles/downloads/3915_1.pdf.
- & SCHMID, C. (2014): «The urban age» *International Journal of Urban and Regional Research*, N° 38, 3, pp. 731-755.
- (2015): «Towards a new epistemology of the urban?» *City Vol 19*, N° 2-3, pp. 151-182. <http://dx.doi.org/10.1080/13604813.2015.1014712>.
- BURRIEL, E. (2014): «El estallido de la burbuja inmobiliaria y sus efectos en el territorio» en Albertos Puebla, J.M. & Sánchez Hernández, J.L. Edts. *Geografía de la crisis económica en España*, Publicaciones de la Universidad de Valencia, Valencia, pp. 101-140.
- CARAVACA, I. (1998 a): «Nuevos espacios emergentes» *Revista de Estudios Regionales*, N° 49. 1998, pp. 39-80.
- (1998 b): «Los espacios ganadores y emergentes» *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, Vol. XXIV, N° 73, pp. 5-24.
- & al. (2005): «Innovación, redes, recursos patrimoniales y desarrollo territorial» *EURE Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, VOL. XXXI, N° 94, 2005, pp. 5-24.
- & GONZÁLEZ, G. (2009): «Las redes de colaboración como base del desarrollo territorial», *Scripta Nova*, vol XII, N° 289. <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-289.htm>
- CASTELLS, M. (1995): *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*, Alianza Editorial, Madrid.
- (1996): *The rise of the Network Society*, Blakwell. Massachusets-Oxford.
- CATING, M. & al. Coords. (2001): «Innovation et développement regional» *Revue d'Economie Régionale et Urbaine*, N° 1, pp. 3-20.
- COOKE, P. & LEYDESDORFF, L. (2006): «Regional Development in the Knowledge-Based Economy» *The Journal of Technology Transfer*, Vol 31, N° 1, pp. 5-15.
- COX, K. Ed. (1996): *The Global and the Local. Making the Connexions*, Wilford-Longman, New York.
- CRESPO, J. & VICENTE, J. (2016): «Proximity and distance in knowledge relationships: from the proximity paradigm to multi-location milieu», *Regional Studies*, Vol 50, N° 2, pp. 202-219.
- CREVOISIER, O. & JEANNERAT, H. (2008): «The Territorial Knowledge Dynamics: from the proximity paradigm to multi-location milieus» Group de Recherche en Economie Territoriale, *Working paper 1/2008_E*. <http://www.2unine.ch/socio/page21726.html>.
- COURLET, C. & al. (1994): «Industrie et dynamiques des territoires», *Revue d'Economie industrielle*, N° 64, pp. 7-21.
- DAVID, P.A. & FORAY, D. (2002): «An introduction to the Economy of the Knowledge Society», *International Science Journal*, 54 (171), pp. 9-23.
- DE MATTOS, C. (2007): «Globalización, negocios inmobiliarios y transformación urbana» *Nueva Sociedad*, N° 212, pp. 82-96.
- DE MATTOS, C. (2016): «Financiarización, valoración inmobiliaria y mercantilización de la metamorfosis urbana» *Sociologías*, año 18, n° 42, pp. 24-52.
- DODU, B. (2011): «Mondialité ou mondialisation?» *Le Tout-Monde et le Tout-Empire» Les Cahiers du GEPE*, N° 3. <http://www.cahiersdugepe.fr/index1826.php>.
- DOLLFUS, O. (1995): «Mondialisation, compétitivités, territoires et marchés mondiaux». *L' Espace Géographique*, n° 3, pp. 270-280.
- (1997): *La mundialización*. Presses da Sciences Po Paris.
- ESTEFANÍA, J. (2015): *Estos años bárbaros*, Galaxia Gutenberg, Barcelona.
- FERNÁNDEZ DURÁN, R. (1993): *La explosión del desorden. La metrópoli como espacio de la crisis global*. Fundamentos, Madrid.
- (2011): *La quiebra del capitalismo global: 2000-2030*. Virus Editorial, Bilbao.
- & GONZÁLEZ REYES, L. (2014): *En la espiral de la energía*. (Dos tomos). Ecologistas en Acción, Madrid.
- GALBRAITH, J.K. (1996): *Una sociedad mejor*, Ed. Crítica, Barcelona.
- GAROFOLI, G. (1994): «Los sistemas de pequeñas empresas: un caso paradigmático de desarrollo endógeno» en Benko, G. & Lipietz, A. Edits. *Las regiones que ganan*, Ed. Alfonso el Magnánimo, Valencia, pp. 59-80.
- GLEESON, B. (2012): «The Urban Age: Paradox and Prospect» *Urban Studies*, Vol 49, N° 5, pp. 931-943.
- HALBERT, L. & LE GOIX, R. (2012): «Capital financier et production urbaine». *Urbanisme*, N° 384, pp. 40-41.
- HARVEY, D. (1996): *Justice, Nature and the Geography of Difference*, Blakwell, .
- (2008 a): «El derecho a la ciudad», *New Left Review*, N°53, pp. 23-39 Oxford. <http://newleftreview.es/authors/david-harvey>.
- (2008 b): *La condición de la posmodernidad*, Amorrutto, Buenos Aires-Madrid.
- (2012): «Las raíces urbanas de las crisis financieras» En BELL, J. & BORJA, M. & CORTI, M. Edts. *Ciudades, una ecuación imposible*. Icaria, Barcelona, pp. 321-358.
- HILLIER, J. & al. (2004): «Trois essais sur le rôle de l'innovation sociale dans le développement spatial», *Géographie, Economie, Société*, N° 6, pp. 129-152.
- INSTITUTO DE ESTADÍSTICA Y CARTOGRAFÍA DE ANDALUCÍA (2016): *Estadísticas Longitudinales de Supervivencia y Longevidad en Andalucía, 2002-2013*. IECA, Sevilla. <http://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/longevidad/mapa/index.htm>.

- INTERMÓN OXFAM (2012): *Crisis, desigualdad y pobreza. Aprendizaje desde el mundo en desarrollo ante los recortes sociales en España*. <http://www.oxfamintermon.org/es/informate/publicaciones/estudios>.
- JAMBES, J.P. (2001): *Territoires apprenants. Esquisses pour le développement local du XXI siècle*, L'Harmattan, París.
- JEANNERAT, H. & CREVOISIER, O. (2016): «From Territorial Innovation Models to Territorial Knowledge Dynamics: On the Learning Value of a New Concept in Regional Studies» *Regional Studies*, Vol 50, 2, pp. 185-188.
- KARLSSON, C. & al. (2014): «Knowledge, innovation and space», *Cesis Electronic Working Paper Series*, Nº 367. <https://static.sys.kth.se/itm/cesis/cesiswp367.pdf>.
- LAVAL, C. & DARDOT, P. (2013): *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Gedisa Ed., Barcelona.
- LEVER, W.F. (2002): «Correlating the Knowledge-base of Cities with Economic Growth». *Urban Studies*, nº 39, pp. 859-870.
- MAILLAT, D. (1995): «Les milieux innovateurs», *Sciences Humaines*, nº 8, pp. 41-42.
- & al. Edits. (1993): *Réseaux d'innovation et milieux innovateurs: un pari pour le développement régional*. GREMI-EDES, Neuchâtel.
- MAYOR ZARAGOZA, F. (2011): «Traspasar los límites de lo posible», VVAA, *Reacciona*, Aguilar, Madrid.
- MCKIMON, D. & al. (2002): «Learning, innovation and regional development: a critical appraisal of recent debates» *Progress in Human Geography*, Nº 26, pp. 293-311.
- MÉNDEZ, R. (1997): *Geografía Económica. La lógica espacial del capitalismo global*, Ed. Ariel, Barcelona.
- (2002): «Innovación y desarrollo territorial: algunos debates teóricos recientes» *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, Vol. XXVIII, Nº 84, pp. 63-84.
- (2014 a): «Crisis económica y reconfiguraciones territoriales» en Albertos Puebla, J.M.- Sánchez Hernández, J.L. Edits. *Geografía de la crisis económica en España*, Publicaciones de la Universidad de Valencia, Valencia, pp. 17-38.
- (2014 b): «Metrópolis en la globalización neoliberal e impactos de su crisis» *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Quilmes*, Nº 25, pp. 45-68.
- (2015): «Redes de colaboración y economía alternativa para la resiliencia urbana: una agenda de investigación», *Biblio3W*, Vol. XX, Nº 1.139. <http://www.ub.edu/geocrit/b3w-139.pdf>.
- (2016): «Renovar economías urbanas en crisis: Un debate actual sobre la innovación» *Desenvolvimento Regional em debate*, Revista electrónica do Programa da Maestrado em Desenvolvimento Regional da Universidade do Contestado. www.unc.br/periodicos.
- MICHALET, C. A. (1976): *Le capitalisme mondial*. PUF, París, 1985.
- MORIN, E. (2010): *¿Hacia el abismo?: globalización en el siglo XXI*, Paidós. Estado y Sociedad, Barcelona.
- (2011): *La Vía. Para el futuro de la humanidad*, Paidós Estado y Sociedad, Barcelona.
- MOULAERT, F. & SEKIA, F. (2003): «Territorial Innovation Models: A Critical Survey» *Regional Studies*, Vol.37, Nº 3, pp. 289-302.
- & al. (2004): *Social innovation and governance in local communities*, SINGOCOM., <http://users.skynet.be/bk368453/singocom/index2.html>
- & al. (2005): «Towards alternative model(s) of local innovation», *Urban Studies*, Nº. 42, pp. 1969-1990.
- OCDE (2002): *Science, Technology and Industry Scoreboard 2001: Towards a knowledge-based economy*. OCDE. París.
- OLLIVRO, J. (2011): *La Nouvelle économie des territoires*, Editions Apogée, Rennes.
- OOSTERLYNCK, S. & al. (2013): *The butterfly and the elephant: Local social innovation, the welfare state and new poverty dynamics*. <http://improve-research.eu>.
- OXFAM INTERMON (2013): *La trampa de la austeridad. El verdadero coste de la desigualdad en Europa*. <http://www.oxfamintermon.org/es/informate/publicaciones/estudios>.
- (2016): *Una economía al servicio del 1%. Acabar con los privilegios y la concentración de poder para frenar la desigualdad extrema*. https://www.oxfam.org/sites/www.oxfam.org/files/file_attachments/bp210-economy-one-percent-tax-havens-180116-es_0.pdf
- PALERMO, G. (2008): *El mito del mercado global. Crítica de las teorías neoliberales*, El Viejo Topo, Madrid.
- POLANYI, K. (1989): *La gran transformación*, Ed. La Piqueta, Madrid.
- SANTOS, M. (1996): *De la totalidad al lugar*. Oikos-Tau, Barcelona.
- SASSEN, S. (2015): *Expulsiones, brutalidad y complejidad en la economía global*, Katz Editores Buenos Aires-Móstoles (Madrid).
- SAVY, M. & VELTZ, P., Dirs. (1995): *Economie globale et réinvention du local*, DATAR Editions de l'Aube, Marsella.
- SOJA, E.W. (2014): *En busca de la justicia espacial*, Tirant Humanidades, Valencia.
- STANDING, G. (2013): *El precariado. Una nueva clase social*. Ed. Pasado y presente, Barcelona.
- STERDYNIAK, H. (2012): «¿Que política económica? Muertes y resurrecciones del keynesianismo» en Los economistas aterrados, *Cambiar de economía*, pp. 21-48, Catarata, Madrid.
- TORRES LÓPEZ, J. (2011): *Contra la crisis, otra economía y otro modo de vivir*. Ed. HOAC, Móstoles (Madrid).
- TOURAINÉ, A. (2011): *Después de la crisis*, Paidós, Barcelona.
- VELTZ, P. (1996): *Mondialisation, villes et territoires, L'Économie d'archipel*, P.U. F., París.
- WAKERMAN, G. (2011): *Vers une nouvelle mondialisation*, Ellipses Édition, París.